Sumario

EDITORIAL 3

TEMA CENTRAL: ESPACIOS

Los impactos de las tecnologías de la información
en la economía y en la política urbanas,
por Saskia Sassen 9

La vida en un piquete. Biografía y protesta
en el sur argentino,
por Javier Auyero 20

OFICIOS Y PRACTICAS

La estructura ausente: territorio, desastre y memoria,
por Mark Alan Healey 58

TALLER

El poder de la violencia en la guerra y en la paz,
por Philippe Bourgois 73

Ni demonios ni desiertos, *por Pablo Semán* 99

APUNTES DE INVESTIGACIONES del CECYP
Nº 8 2002 pp. 73-98

El poder de la violencia en la guerra y en la paz

Lecciones pos-Guerra Fría de El Salvador

*Philippe Bourgois**

Cuando los bombardeos y los ametrallamientos comenzaron, me dijeron que debía agacharme tras un tronco y que, pasara lo que pasase, no me moviera. Disparaban a todo lo que se movía.

Durante los primeros cuatro días alrededor de quince mujeres y niños fueron heridos, las esquirlas fueron sacadas y las amputaciones hechas, todo sin anestesia. Las tropas gubernamentales que nos rodeaban estaban presionando por tierra, matando a quienquiera que encontraran.

En la cuarta noche, mientras corríamos a lo largo de un rocoso camino, llegamos a la línea de fuego del gobierno. Los bebés en brazos de sus madres comenzaron a llorar por el ruido de los disparos y, tan pronto como nos oyeron, los soldados dirigieron sus armas hacia nosotros.

Era un pandemonio: granadas cayendo por todos lados; ametralladoras, disparando; nosotros, corriendo, tropezando, cayendo, tratando de escapar entre la lluvia de balas y de esquirlas.

Veinte yardas delante de mí, un niño pequeño explotó en dos cuando una granada cayó sobre él. Su cuerpo yacía en medio del angosto sendero. Tuve que pasar por encima de él para escapar.

(Bourgois, 1982a)

En los primeros trece meses que pasé en el "Harlem español" fui testigo de:

- Un disparo mortal a la madre de un niño de tres años por parte de un asaltante que portaba una escopeta con mira. Hecho que tuvo lugar frente a mi ventana.
- La explosión y el ametrallamiento de una casa de juego clandestina también divisable desde mi ventana.
- Un tiroteo y una persecución policial frente a la pizzería donde casualmente yo estaba almorzando.
- El momento posterior a que una bomba molotov fuera arrojada a un depósito de heroína.

* Profesor y Director del Departamento de Antropología, Historia y Medicina Social de la Universidad de California, San Francisco. Es el autor de *In Search of Respect: Selling Crack in El barrio* (1995), por el cual recibió los siguientes premios: C. Wright Mills Award y Margaret Mead Prize, y de *Ethnicity at Work: Divided Labor on a Central-American Banana Plantation* (1989). Lleva a cabo trabajo de campo entre *adictos* a la heroína en las calles de San Francisco como base de un libro provisionalmente titulado *Righteous Dopefiend: Homeless Heroin Addicts in Black and White*.

- Una docena de gritos y peleas.
- El contacto casi diario con seres humanos desgarrados, algunos en ataques de paranoia inducida por el crack, algunos sufriendo delirium tremens, y otros en no identificables ataques patológicos, gritando insultos a todos a su alrededor.

Tal vez la expresión más intensa de la perversidad de la cultura del terror haya sido el comentario de un chico de 13 años durante una conversación por lo demás banal acerca del embarazo de su madre. Me dijo que esperaba que tuviera un varón porque "las chicas son muy fáciles de violar".

(Bourgois, 1989)

Estos párrafos son extractos de artículos periodísticos que escribí en los años ochenta para llamar la atención sobre la violencia en dos escenarios muy diferentes, donde estaba haciendo trabajo de campo en ese entonces: el primero, entre campesinos revolucionarios de El Salvador y el segundo, entre la segunda generación de *crack dealers* puertorriqueños en el este de Harlem, ciudad de Nueva York. Comparando un sitio con el otro, me interesó diferenciar las formas y los significados asumidos por la violencia en la guerra y en la paz a fin de documentar los modos en que la violencia desafía o refuerza la desigualdad de poder. En el escenario de El Salvador revolucionario, yo estaba deseoso de documentar la efectiva capacidad de los dominados para resistir la represión estatal mientras, en los Estados Unidos, peleaba por explicar el efecto políticamente desmovilizador del conflicto interpersonal y la autodestrucción que tiñe la vida en la *inner city*. Más de una década después, dispersos por la ola de desregulación del capitalismo global, volví a esos relatos de violencia con observaciones adicionales en ambos sitios (El Salvador y la *inner city*) para sugerir que el contexto político en el cual yo operaba entonces afectó profundamente lo que era capaz de documentar empíricamente y analizar teóricamente. En América Central, trabajé bajo un imperativo inconsciente de la Guerra Fría que me llevó a atenuar mis bocetos sobre la violencia política y la represión entre los campesinos revolucionarios. En el nivel teórico, esto oscureció el carácter multidireccional de la violencia y las continuidades entre sus varios subtipos a través de diversos escenarios históricos, culturales y políticos. Fundamentalmente, mis lentes "Guerra Fría" me llevaron a escatimar los registros y a no reconocer correctamente el poder de la violencia en el fortalecimiento de patrones de desigualdad social y en la despolitización de los intentos de oponerse a la opresión durante la guerra en El Salvador. Paralelamente, en el centro urbano racializado de los Estados Unidos, fui capaz de criticar los efectos desmovilizadores de la violen-

cia cotidiana mostrando cómo ella resultaba de la internalización de la violencia estructural históricamente arraigada y expresada en un torbellino de mutua agresión y delincuencia banalizadas.

Para aclarar las complejas tramas de violencia que dificultaron mi comprensión de la situación en El Salvador revolucionario, en comparación con la *inner city* en decadencia, me pareció útil distinguir entre cuatro tipos de violencia; es decir, la violencia política, estructural, simbólica y cotidiana. Limito el término violencia política a la violencia directa e intencionalmente administrada en el nombre de una ideología política, de un movimiento o de un Estado tal como la represión física de los disidentes por las Fuerzas Armadas y la policía o su contrario, la lucha armada popular contra un régimen represivo. La violencia estructural se refiere a la organización político-económica de la sociedad que impone condiciones de sufrimiento físico y emocional, desde morbosidad y altas tasas de natalidad hasta pobreza y condiciones de trabajo abusivas. Está anclada, a nivel macro, en estructuras como los términos desiguales de intercambio y se expresa localmente en la explotación laboral, los acuerdos mercantiles y el monopolio de los servicios. El término fue por primera vez definido en los círculos académicos por el fundador del campo de Estudios sobre la Paz y el Conflicto, Johan Galtung (1969), para enmarcar un compromiso socialdemocrático en torno a los derechos humanos[1] y para rechazar la histeria anti-comunista propagada por el capitalismo estadounidense durante la Guerra Fría, el cual acarreó la represión política del disenso popular a través del mundo no industrializado. La violencia estructural también tiene raíces en los movimientos de resistencia anticoloniales (Fanon, 1963) y en la defensa por parte de la teología de la liberación de la "opción preferencial por el pobre" (Camara, 1971; CELAM, 1973; Martin-Baro, 1994). Recientemente, el concepto fue usado por antropólogos medicinales para llamar la atención sobre las formas en las cuales las desiguadades económicas provocan enfermedades y sufrimiento social (Farmer, 1999, 2000). El concepto de violencia simbólica fue desarrollado por Pierre Bourdieu para develar cómo la dominación opera en un nivel íntimo vía el reconocimiento-desconocimiento de las estructuras de poder por parte de los dominados, quienes cooperan en su propia opresión al percibir y juzgar el orden social a través de categorías que lo hacen aparecer como natural y evidente (Bourdieu y Waquant, 1992:162-173, 200-205).

El concepto de violencia cotidiana fue profundizado por Nancy Scheper-Hughes (1992, 1996, 1997) para llamar la atención, desde un nivel fenomenológico, sobre los "crímenes en tiempos de paz", las "pequeñas guerras y genocidios invisibles" que son una plaga entre los pobres de todo el mundo. Su uso del término, sin embargo, tiende a

1 Galtung define la violencia estructural como 'la violencia indirecta dentro de un orden social represivo, violencia que da lugar a enormes diferencias entre realización humana potencial y posible de hecho'. En particular, diferencia la violencia estructural de la violencia institucional, enfatizando que aquella tiene 'una naturaleza más abstracta... que no puede ser remitida a una institución particular'. La violencia estructural suele ser 'vista como... tan natural como el aire que respiramos... La fórmula general detrás de la violencia estructural es la desigualdad, especialmente, en la distribución del poder' (Galtung, 1975: 173, 175).

confundir la violencia cotidiana con la estructural y la institucional. Encuentro más útil limitar la noción a las prácticas y a las expresiones de agresión interpersonal que sirven para normalizar la violencia en el nivel micro, tales como la pelea sexual y doméstica y la delincuencia, e incluso la drogadicción. La importancia analítica del término es la de evitar la explicación de la confrontación a nivel individual desde miradas psicológicas o individualistas que culpan a las víctimas. Mi acotada definición se dirige también a esbozar cómo la violencia cotidiana puede crecer y explotar como una "cultura del terror" –para invocar a Taussig (1987)– que establece un sentido común que normaliza la violencia en las esferas pública y privada. A continuación la reinterpretación de los datos etnográficos va a mostrar cómo, en El Salvador revolucionario, no fui capaz de distinguir la violencia cotidiana y, por ende, de comprenderla como un producto de la violencia política y estructural, a pesar de que así lo entendí cuando me enfrenté a la violencia estructural y simbólica en la *US inner city*.

La política de representación tipo Guerra Fría en El Salvador

El recuadro inicial que describe la represión de los campesinos revolucionarios por el cuerpo militar fue escrito en 1981 durante la escalada final de la Guerra Fría. El Salvador estaba entonces atravesando una guerra civil que enfrentaba a un gobierno militar de derecha con una coalición de organizaciones guerrilleras socialistas conocidas como Frente Farabundo Martí de Liberación Nacional (FMLN).

Durante la mayor parte del siglo XX, los Estados Unidos han invocado una retórica según la cual estaban defendiendo al mundo libre del comunismo, como forma de justificar el apoyo a una sucesión de regímenes militares en el país. Estos gobiernos promovían los intereses políticos y económicos de una pequeña oligarquía del café, conocida popularmente como las "catorce familias" y famosa por sus violaciones sistemáticas a los derechos humanos. Más de 75.000 salvadoreños, originariamente civiles, murieron durante los años ochenta como resultado de la represión estatal a las guerrillas del FMLN y a sus simpatizantes. En el momento de mi trabajo de campo, un promedio de al menos ochocientas personas estaban siendo asesinadas cada mes por militares salvadoreños y escuadrones de la muerte a ellos asociados (Americas Watch, 1985; United Nations, 1993). Durante ese período, el gobierno dependió para su supervivencia del apoyo militar, político y económico de los Estados Unidos. De ese país, recibió un total de cuatro billones de dólares durante la década

del ochenta, más que ninguna otra nación excepto Egipto e Israel (Wallace, 2000).[2]

El recuadro inicial referido a El Salvador fue escrito para un proyecto de disertación en el cual me proponía analizar la movilización de los campesinos salvadoreños a ambos lados de la guerra civil, y que finalmente no se realizó. Para conducir esa investigación, entré a la zona rural en conflicto. La mayoría de la población local apoyaba activamente a los grupos guerrilleros. A los dos días de mi llegada, me encontraba, al igual que los residentes locales, atrapado en medio de una campaña militar de destrucción total. Tropas de las Fuerzas Armadas nos rodeaban y llevaban a cabo bombardeos aéreos en una región de cuarenta millas cuadradas que albergaba a una docena de pueblos favorables al FMLN. Nos perseguían con la infantería, destruyendo todo lo que podían –viviendas, cosechas, víveres– y matando (y en ocasiones torturando) a las personas que capturaban. Junto a una población civil de aproximadamente mil campesinos, corrí por mi vida durante catorce días antes de ponerme a salvo como refugiado en la vecina Honduras. Acompañados por no más de cien guerrilleros armados, nos escondíamos de día y huíamos en la noche. Los guerrilleros, la mayoría de los cuales había nacido y crecido en el área, se movían a nuestros flancos en un intento de protegernos, pero éramos continuamente ametrallados, bombardeados y perseguidos por aviones, helicópteros y tropas terrestres. Los soldados eran guiados por paramilitares particularmente agresivos reclutados entre los pobladores de la zona.[3]

En ese momento, me pareció que la represión estatal de la población civil era contraproducente. Pensé que el dolor, el miedo y la angustia causados por la campaña militar estaban fortaleciendo el compromiso ideológico y emocional de los pobladores hacia la rebelión; en pocas palabras, que la represión estaba radicalizando a los pequeños cultivadores marginados. Interpreté la movilización armada de estos últimos como social e individualmente liberadora –mi análisis se asemejaba a la celebración por parte de Franz Fanon (1963) y de Sartre (1963) de la guerra anticolonial de los argelinos contra Francia. Los campesinos salvadoreños daban forma a una ideología sincrética que reunía la teología de la liberación católica, la lucha de clases marxista, el populismo romántico del socialismo y, finalmente, la venganza social y la dignidad personal (Bourgois, 1982b). Más significativo para mí en ese momento fue el casi mesiánico rechazo de la humillación y la explotación de los terratenientes y de los paramilitares rurales. Me parecía que ellos estaban revirtiendo una violencia simbólica que, por generaciones, había naturalizado el abuso sufrido por esos *campesinos** de tez oscura e iletrados. Describí a los campesinos salvadoreños como metamorfoseándose:

2 Para una discusión detallada de la relación entre los escuadrones de la muerte, los militares salvadoreños y el gobierno estadounidense, véase Arnson, 2000.

3 El batallón que conducía la ofensiva militar, bajo el mando del coronel Sigfrido Ochoa, incluía miembros de la Brigada Atlacatl entrenados por la Armada de los Estados Unidos. De acuerdo con un United Press International Report, "Ochoa llevó a quince periodistas por un camino cubierto de los restos hediondos de vacas, cerdos y caballos". Este episodio podría haber tenido lugar al día siguiente de nuestra huida a Honduras. Ochoa les dijo a los periodistas que había quemado los cadáveres de doscientos cincuenta guerrilleros, muertos por sus tropas "para evitar una epidemia" ("Afirman tropas del gobierno que mataron a 250 guerrilla(s) y sólo sufrieron 15 bajas", *Diario de las Américas*, 20 de noviembre de 1981).

* En castellano en el original. [Señalamos con un asterisco todas las apariciones en castellano en el original]

de ser las más desgraciadas criaturas en la Tierra (i.e. trabajadores con poca o sin tierra que cedían obligatoriamente el producto de su trabajo a los propietarios dominantes) se transformaron en sujetos de la historia: el pueblo sobre el cual profetizó la Biblia. Se sintieron honrados de morir por su causa porque, previo a su advenimiento, estaban medio muertos, y eso dolía (Bourgois, 1982b:24).

Las notas de campo tomadas los días anteriores a la invasión militar de 1981 reportan que un sorprendentemente alto número de guerrilleros se habían arrepentido de viejas historias de alcoholismo y violencia doméstica.[4] En un artículo político publicado durante la guerra, cité las palabras emblemáticas de un guerrillero: "Antes éramos machistas. Antes nos emborrachábamos y nos apuñalábamos entre nosotros. La Organización nos mostró el camino y nosotros orientamos esa violencia para el bien del pueblo" (Bourgois, 1982b:24-25).

4 Aquí resuenan los ecos de los hallazgos de Oscar Lewis (1970:75) durante su trabajo de campo en Cuba al poco tiempo de la revolución de 1959: "El pueblo tenía un nuevo sentido de su poder e importancia. Recibieron armas y una doctrina que glorificaba a las clases bajas como la esperanza de la humanidad. (Un oficial cubano me dijo que habían prácticamente eliminado la delincuencia, ¡dándoles armas a los delincuentes!)". Las novelas de Manlio Argueta (1983, 1987) sobre la lucha revolucionaria de El Salvador evocan la metamorfosis de los campesinos revolucionarios, de víctimas de la represión física y de la violencia simbólica durante la fase inicialmente represiva del cierre político a grupo armado de los pobres, dignificado en la lucha activa por sus derechos.

Las políticas de representación neoliberales en El Barrio, Estados Unidos

En contraste con lo que en El Salvador consideré como una dinámica de violencia política liberadora, entendí la violencia cotidiana que pervertía los barrios pobres norteamericanos, descripta en el segundo recuadro de apertura, como claramente opresiva y desmovilizadora. A fines de la década del ochenta, pasé casi cinco meses viviendo en una pensión con mi familia, al lado de una casa de crack al este de Harlem. Allí, trabé amistad con un grupo de pequeños *crack dealers* callejeros de origen puertorriqueño, reconstruí sus historias de vida y observé sus luchas diarias por el sustento y por el propio respeto. Las peleas, los tiroteos y los enfrentamientos con armas blancas, habituales entre los jóvenes con los cuales compartí la mayor parte de mi tiempo, y los frecuentes altercados dentro de sus familias, me resultaron más difíciles de analizar teórica y políticamente que la violencia durante la guerra en El Salvador. La escena del comercio de crack ofrecía una ventana a los mecanismos por los cuales la violencia estructural y simbólica se funden traduciéndose en violencia cotidiana: segregación extrema, desigualdad social y miseria material se expresan en la base como enfrentamientos interpersonales que los socialmente vulnerables proyectan principalmente contra sí mismos (vía abuso de drogas), contra su pareja y amigos (a través de la violencia doméstica y de las violaciones perpetradas por bandas adolescentes), y contra la comunidad (mediante rateo, robos, asaltos, tiroteos, etc.). El resultado es una "cultura del terror" localizada (Taussig, 1987) o un elevado nivel de violencia cotidiana que refuerza los límí-

tes de lo que he llamado *apartheid* urbano estadounidense (Bourgois, 1995).

Como miembro de la cultura y la clase dominantes en los Estados Unidos, me preocupaban las implicaciones políticas e intelectuales de mi descripción etnográfica de los *crack dealers* puertorriqueños. Temía contribuir a una "pornografía de la violencia" que tapara las causas estructurales de la destitución urbana bajo detalles sensacionalistas de sangre, agresión y puñaladas. Como ya remarcó Laura Nader (1972), los relatos antropológicos basados en la observación participante entre los dominados corren el riesgo de humillarlos públicamente. Esto es especialmente cierto en el contexto de la ideología neoliberal hegemónica en los Estados Unidos, la cual, por definición, considera al pobre como moralmente sospechoso. De todas formas, yo estaba teórica y políticamente impelido a documentar exhaustivamente las múltiples ramificaciones del *sufrimiento social* causado por la marginalidad social y económica extrema en el este de Harlem. Este dilema me alentó a centrarme en la violencia estructural y la simbólica, que por definición focalizan la atención en lo macro, en la desigualdad de poder que condiciona la violencia cotidiana.

Hacia el final de mi estadía en el este de Harlem, mientras la Guerra Fría estaba llegando a su fin, presenté un *paper* en una sesión de la *American Anthropological Association* en el que traté de comparar los patrones y las experiencias de violencia en la guerra que convulsionó a El Salvador y en la paz de la *US inner city* (Bourgois, 1992). Remarcando la diferencia entre violencia política directa y violencia estructural invisible, pensé que estaba trascendiendo la ideología de la Guerra Fría pero, en lugar de ello, la estaba prácticamente emulando. Porque, a través de mi análisis, mantenía la oposición moral entre violencia política digna, que reagrupa a los subordinados frente a la represión ejercida por un estado autoritario, versus la violencia indigna, que confunde y desmoviliza a los socialmente vulnerables en las sociedades democráticas neoliberales. Mi preocupación por diferenciar la buena de la mala violencia, y por separar nuestra políticamente progresiva violencia de la autodestructiva e irresponsable, me cegó ante la naturaleza profundamente paralizante de la violencia en América Central. Específicamente, no pude ver cómo la represión política y la resistencia en tiempos de guerra reverberan en una dinámica de violencia cotidiana similar a la producida por la fusión de la violencia estructural y simbólica en tiempos de paz.

En su lugar, construí una explicación inspirada en Gramsci de por qué la experiencia de violencia política represiva en El Salvador podía ser interpretada como humanamente edificante y políticamente liberadora a través del malestar psicológico y de la furia que desa-

taba. Opuse esa dinámica a los actos cotidianos de violencia de los que fui testigo en Harlem este, a los que interpreté como la expresión de la falsa conciencia en una sociedad estructural y simbólicamente opresiva que ya no necesita ejercer la violencia política para reforzar estructuras desiguales. La teoría de Gramsci acerca de la hegemonía es una valiosa herramienta, pero las formas en las cuales categoricé la violencia como digna o indigna en ese *paper* medían lo que yo era capaz de ver, oír y creer; qué fue lo que interpreté como "data" y qué lo que anoté en mi cuaderno; y qué debates vi como pertinentes. En un nivel empírico, mientras documenté ampliamente la profundidad del dolor causado por la violencia estructural y simbólica en una sociedad polarizada y en paz, simplifiqué excesivamente y subestimé las ramificaciones del terror en una sociedad represiva revuelta por la guerra civil.

Re-escribiendo las notas de campo de la guerra civil salvadoreña

Volviendo al primer recuadro, incluso hoy puedo recordar aquella noche del 14 de noviembre de 1981, cuando corrí a través de la línea de fuego militar entre un millar de hombres, mujeres y niños aterrorizados. Sin embargo, tengo un vocabulario distinto para describir a las víctimas. Por ejemplo, ahora podría referirme al "niño pequeño" mutilado retorciéndose frente a mí con el torso partido como un "guerrillero adolescente", puesto que cargaba un arma automática a pesar de no contar con más de catorce años. La estrechez política de la Guerra Fría, sin embargo, hizo importante, más bien imperativo, etiquetarlo como "niño pequeño" más que como "guerrillero adolescente", porque, en la visión marcial de ese conflicto prevaleciente a comienzos de los años ochenta, adolescentes cargando armas automáticas merecían ser asesinados. El *pathos* humano de un chico muriendo en un combate cara a cara mientras defendía a su familia cercada por los soldados se hubiera perdido.

Más profunda y quizá más significativamente, tengo distintos recuerdos de los momentos que precedieron a mi escape por sobre el pequeño guerrero. Re-escribí un extracto de mis notas de campo *ex-post-facto* –dieciocho años después– enfatizando lo que ahora recuerdo. Cuando preparaba el artículo de 1981, no fui capaz de rememorar completamente o de analizar esos hechos. Tal vez pensé que estos detalles no tenían importancia. Una vez más, en el contexto de la Guerra Fría, mi preocupación central era iluminar los vectores de poder más objetables dirigidos a los pequeños agricultores de El Salva-

dor, es decir, el régimen militar represivo mantenido por la política externa estadounidense. Podría también haber omitido esas memorias en mis notas porque sentí que podían revelar una falla personal mía:

> Cuando la granada cayó en el guerrillero adolescente, salté a la tierra detrás de unos arbustos. Accidentalmente, empujé a una joven madre que ya estaba agachada detrás de los arbustos donde aterricé. Asusté a su bebé de seis meses y este comenzó a llorar. Conmigo jadeando junto a ellos, enorme, extraño y oliendo a sudor y a pánico, los sollozos del bebé se convirtieron en fuertes chillidos.
>
> La madre susurró a mi oído, "*¡Vete! ¡Vete de aquí! ¡Rápido!*".* Primero, shockeado, pensé que estaba enojada conmigo y que estaba siendo cruel, echándome a la lluvia de balas. De repente, me percaté de que estaba tratando de salvar mi vida: los llantos de su bebé comenzaban a oírse por sobre el ruido de las armas. Me paré de un salto y corrí hacia delante, justo en el momento en que otra descarga de ametralladoras se dirigía contra las madres y los bebés gritando detrás de mí.

* En castellano, en el original.

Esta fue la primera vez que, dentro de mi trabajo de observación participante, me expuse al tipo de traición que los sobrevivientes cometieron en la guerra contra la insurrección. Haber hecho que un bebé llorara y luego haber corrido lejos de él, cuando me di cuenta de que esos llantos atraerían los disparos, me forzó a cuestionar mi propio sentido de la dignidad humana y de la masculinidad, y a poner en duda mi autoestima. También lindó con formas de violencia simbólica al causarme enojo tanto hacia mí mismo como hacia el FMLN por hacer de los civiles blanco de la represión gubernamental.

No sé si la madre y el bebé murieron por las balas dirigidas hacia el llanto del niño, sospecho que ambos fueron asesinados. Si yo no hubiera asustado a ese bebé, tendría veinte años en el momento en que este artículo se publica. Quizá si hubiera sido más inteligente y los hubiera dejado cuando la madre me lo rogó, entonces los sollozos del niño no habrían escalado a gritos y los soldados del gobierno tal vez no lo habrían oído. Una década más tarde, conversaciones con guerrilleros y sus familias demostraron que ese tipo de recriminaciones y sentimientos de traición por fallas humanas abundan entre quienes participaron de la guerra contra la insurrección. Son una parte inevitable de haber sobrevivido a la represión militar y contribuyen a una forma de violencia simbólica en la cual los sobrevivientes enfocan sus recriminaciones sobre fallas personales de las víctimas o de sí mismos, más que sobre los agentes que, de hecho, perpetraron el terror. El resultado es con frecuencia un traumático silencio de los brutales eventos por testigos que se culpan a sí mismos por haber hecho lo que tuvieron que hacer para sobrevivir.

Esa misma noche, cuando corrimos entre las tropas gubernamentales que nos cercaban, pasé a padres y hermanos mayores que tropezaban por el peso de niños aterrorizados o familiares heridos. Me preguntaba, mientras huía, si debía parar a ayudarlos. Convencido de que todos íbamos a morir, corrí por mi vida sintiendo que estaba traicionando a aquellos que dejaba atrás. Cuando amaneció, la mayoría de nosotros logramos reunirnos bajo una hondonada para escondernos juntos. Esperábamos que los guerrilleros fueran capaces de brindarnos alguna protección y rogábamos para que los helicópteros y las tropas terrestres que colmaban el área no nos encontraran. Como mi fotografía de aquel momento ilustra, unas pocas granadas bien dirigidas o armas automáticas enfocadas hacia nuestro escondite habrían bastado para matar a varios cientos de nosotros. Afortunadamente, cuando un helicóptero voló sobre la hondonada, sólo cincuenta pies sobre nuestras cabezas, se dirigió hacia los guerrilleros que se habían acomodado en la ladera sin detectarnos. La guerrilla se dispersó rápidamente, desviando con éxito el fuego enemigo.

Luego de ese sobrevuelo, me vi al lado de una familia que trataba de calmar a un bebé de 19 días cuya madre había muerto por una granada mientras corría a través de los disparos hacía tan sólo unas horas. Me pidieron que los fotografiara para documentar su historia. La recién nacida había caído de los brazos de su madre y su tía la había levantado en medio del caos, ilesa. Los familiares sobrevivientes no tenían nada para alimentarla y sólo podían acunarla. Por los siguientes ocho días, casi mil de nosotros nos quedamos juntos, esforzándonos por minimizar el ruido que hacíamos durante la noche, al trasladarnos a un nuevo escondite o al hurgar por comida bajo los arbustos. En varias ocasiones, éramos localizados por las tropas salvadoreñas y atacados con armamento provisto por los Estados Unidos, o perseguidos por patrullas terrestres. En cada oportunidad, corríamos lo más rápido posible a escondernos detrás de árboles o rocas, esperando que quienes estaban armados replegaran al enemigo.

En consecuencia, los jóvenes, sanos y veloces fueron quienes tuvieron la mayor chance de sobrevivir. Al atardecer, en el octavo día desde nuestra llegada (doce días después del comienzo del ataque), bajo un bombardeo particularmente pesado, escapé sin pensarlo junto a un pequeño grupo de hombres que parecía conocer el camino. La mayoría eran guerrilleros que habían arrojado las armas con las cuales se suponía que debían proteger a sus familias. Corrimos toda la noche sintiendo una forma de terror egoísta. Cada vez más lejos, podíamos oír los llantos de los niños atrayendo las balas. Nos refugiamos en la vecina Honduras antes de que el sol saliera y escuchamos durante todo el día cómo los helicópteros atacaban a la masa lenta y

ruidosa que habíamos dejado atrás. Si mis compañeros de esa huida final sobrevivieron hasta el fin de la guerra, probablemente aún sientan hoy la culpa de haber sobrevivido.[5]

A lo largo de la guerra civil, la propaganda gubernamental de El Salvador y de los Estados Unidos denunciaba a la guerrilla por esconderse entre los civiles y así causarles la muerte durante el enfrentamiento. Incluso los líderes del FMLN se dividieron frente a la política de fomentar –y a veces exigir– a los civiles y a los familiares de guerrilleros permanecer en la zona de conflicto. Con frecuencia, las esposas estaban en profundo desacuerdo sobre el tema. En retrospectiva, las madres, en ciertas ocasiones, responsabilizan a sus maridos por la muerte de los hijos de ambos luego de que él hubiera insistido en quedarse en el pueblo para apoyar al FMLN. En 1983, poco más de un año después de la arrasadora campaña terrestre, la guerrilla cambió su táctica y evacuó a la mayoría de los pobladores de las zonas de conflicto más activas. El punto aquí es que el límite entre protector y cobarde es con frecuencia ambiguo e inconsistente en la guerra contra la insurrección. Una vez más, un tal "espacio liminal de muerte" (Taussig, 1987) o "zona gris" (Levi, 1986) oculta la responsabilidad de aquellos en primer lugar responsables del terror –en este caso la armada salvadoreña entrenada y sustentada por los Estados Unidos–. De hecho, las trampas de la violencia simbólica –en la forma de confusos sentimientos de insatisfacción y culpa y de recriminaciones mutuas– desvían la atención de la violencia política represiva que creó las condiciones de terror que impusieron la penosa decisión entre supervivencia y traición.

5 Esta interpretación de la violencia simbólica bajo condiciones extremas echa luz sobre el fenómeno de la culpa por sobrevivir que sintieron las víctimas del holocausto nazi. Podría también ayudar a explicar el llamado síndrome de Estocolmo, cuando los rehenes comienzan a identificarse con la causa de sus captores, como en el famoso caso de Patty Hearst y la *Symbionese Liberation Army* en San Francisco, en 1974.

Violencia en la guerra y en la paz

En el verano de 1994, ya terminada la Guerra Fría, volví a los pueblos que habían restablecido los antiguos guerrilleros y sus partidarios, aquellos donde había estado atrapado durante el ataque militar de 1981. Lo más inmediatamente tangible fue la brutalidad silenciosa de la opresión económica. Mi primera nota de campo describe las múltiples cicatrices de la violencia estructural y política en la ecología local y en el cuerpo de los residentes:

> Julio 1994
> Debido a la escasez de tierra, los pobladores se ven forzados a cultivar terrenos áridos y rocosos. Como si fuera necesario hacer más lacerantes las heridas, mal curadas lesiones de guerra hacen más difícil a los jóvenes caminar hasta sus milpas (parcelas). Incluso la tierra parece lisia-

da y enfurecida: cruzada por riachos producto de la exposición a fuertes lluvias, y marcada por filosas y protuberantes piedras.
Tito, el hijo de la mujer que nos alberga, peleó por casi diez años en el FMLN. Ahora, anda rengueando por la erosionada ladera donde, con dificultad, intenta recolectar una cosecha de maíz y sorgo con sólo un machete y una pala de cavar como herramientas. Usa la pala como bastón para evitar caerse y, de tanto en tanto, hace muecas de dolor por las esquirlas aún depositadas en su pierna.
Sin embargo, nadie es particularmente compasivo con Tito debido a que tiene un problema con el alcohol. Se murmura que no ha sido un combatiente de especial valentía durante la guerra.

Esperaba que el regreso sirviera de reunión catártica con la gente a la que estuve ligado durante los catorce días del exterminio militar de 1981. Resultó ser una experiencia extraña, y por momentos desalentadora, circular alrededor de campos minados de crímenes, decepción y deslealtad. Mis amigos insistieron en contarme los errores militares que habían cometido; qué persona herida había sido abandonada al enemigo; cómo un niño de una particular capacidad cognitiva e intelectual había quedado con un daño permanente por una dosis de cinco píldoras de valium suministrada por su madre para callarlo durante la huida; qué guerrilleros habían desertado; cómo debieron disparar a la cabeza de un amigo herido para que el enemigo no lo capturara y lo torturara a fin de revelar la identidad y localización de la guerrilla; cómo un padre debió forzar a su asustado hijo para unirse a la guerrilla y ser muerto durante un ataque aéreo, en su primer combate. Trece años después del armisticio, mi mejor amigo, José, estaba turbado por el hecho de haber plantado más de ciento cincuenta minas caseras en los caminos que conducían al campamento guerrillero. Estaba convencido de que la mayoría de ellas habían mutilado el pie de algún soldado, y de que sus antiguos enemigos estaban ahora rengueando por las laderas de un pueblo vecino, intentando cosechar un campo de maíz con el cual mantenían a sus familias, tal como él y su padre hacían.

Las notas de mi primer día también incluyen una descripción del tajo infectado en el pie del hermano menor de Tito. Consumido por la fiebre, gemía, quedamente, en una hamaca ubicada en el interior de la casa familiar. No había acceso a cuidado médico en toda la región. Temí que el niño, de sólo diez años de edad, muriera de septicemia debido a un simple corte. Pero sobrevivió y cinco años después, en 1999, me enteré de que había matado a Tito, cuyo alcoholismo había aumentado. En el juicio por el asesinato, la madre, que había perdido a su marido durante la represión militar, rogó al juez –sin éxito– que

no encarcelara al único varón sobreviviente de su hogar: imploró piedad bajo el argumento de que el adolescente sólo trataba de protegerla de su hijo mayor, que la golpeaba salvajemente cada vez que se embriagaba.

Una de las historias más chocantes que coleccioné durante mi segunda visita fue la de una madre que sofocó a sus dos hijos mientras se escondían en una cueva con una docena de otros pobladores. Ese grupo había permanecido en la gruta cuando, durante la noche, pasamos a través de las tropas gubernamentales que nos rodeaban. Temiendo que los militares detectaran su presencia a causa del llanto histérico de los niños, los otros pobladores le dieron la alternativa de dejar la cueva o de amordazar a sus hijos. Más de una década después, había desacuerdo respecto a si el padre estaba justificado o no por haber abandonado a la mujer a causa del asesinato. Algunos aclamaban a la madre, considerándola una heroína por haber elegido sacrificar a sus bebés en un intento por salvaguardar las vidas de sus compañeros. Se daba por hecho que habría sido capturada si dejaba la cueva con sus hijos en llanto, y que, bajo tortura, probablemente, habría revelado la ubicación de sus compañeros. De todas formas, años más tarde, las dudas persisten acerca del valor moral de la desventurada madre, una vez más rozando el límite entre heroína y villana.

La pregunta, demasiado dolorosa, implícita en muchas conversaciones durante esta visita, giraba en torno a la idea de si todo el sufrimiento y la violencia de la lucha guerrillera había sido o no en vano.[6] Que los antiguos guerrilleros y sus familias se hicieran esa pregunta en un contexto de continua violencia estructural parecía un insulto. Sus respuestas retrospectivas, inciertas y en general ambiguas, implicaban una autocrítica: la irresponsabilidad y la inocencia de constituirse en objeto de violencia política por apoyar al FMLN. Cuestionar la utilidad de sacrificios pasados fomentó el aislamiento apolítico y la mutua desconfianza. Aún así, la mayoría de los ex guerrilleros y de sus familias aún mantienen muchos de los caros ideales acuñados durante lo que hoy llaman "la Guerra", más que "la Revolución". A fines de los '90, votaban aún por los antiguos candidatos del FMLN tanto en las elecciones locales como en las nacionales.[7] Contrariamente a lo que creí ver en 1982, sin embargo, no consideraban la movilización armada como medio hacia el poder o la libertad. Aunque estaban generalmente orgullosos de haber apoyado a la guerrilla, al mismo tiempo se sentían traicionados por los líderes. Esto frecuentemente se deslizaba hacia un desprecio por sí mismos al permitir el engaño. De ahí, mi última nota de la estadía de 1994:

> Una vez más, un grupo de *petits bourgeois* intelectuales en una fantasía

6 Nótese la combinación de un signo de pregunta y otro de exclamación en el título del volumen editado por Ana Kelly Rivera (1995) en el que se reúnen los testimonios de las mujeres guerrilleras que sobrevivieron a la represión militar en El Salvador: ¡¿*Valió la pena*?!*

7 En las elecciones nacionales de marzo de 2000, el FMLN ganó el 38% de las bancas legislativas, más que ningún otro partido político (Wallace, 2000:50 fn 3).

> alucinada de la revolución movilizaron a miles de campesinos para que se asesinaran y traicionaran unos a otros, sólo para arrojarlos luego, como papas calientes, cuando el camino se puso difícil.

Por supuesto, la sabiduría de la mirada retrospectiva permite ver claramente cómo el movimiento revolucionario en El Salvador fue herido y distorsionado por la violencia contra la que se organizaba. Mediante un proceso casi mimético, la brutalidad del gobierno se reflejó en las estructuras organizacionales y en las relaciones internas de la guerrilla, mientras la violencia devenía una necesidad instrumental banal. Hay varios ejemplos prominentes de matanzas recíprocamente destructivas entre los líderes del FMLN. La más famosa: Roque Dalton, el poeta más conocido de El Salvador, asesinado en los años setenta por la organización guerrillera a la que pertenecía por ser un "revisionista", un opositor a la estrategia política referida a la utilidad y al momento de comprometerse en la lucha armada.[8] A mediados de los años ochenta, una mujer, segunda en el comando de una facción guerrillera dentro del FMLN, fue asesinada en una disputa de los líderes acerca de la estrategia de lucha armada continua *versus* negociación. Fue reportada herida 68 veces por el guardaespaldas de Cayetano Carpio, cabeza de la facción, quien, según se cree, se suicidó en Nicaragua unos meses después, luego de que el asesinato tomara estado público. La normalización de la violencia interpersonal en el contexto más amplio de la violencia política cobra sentido si la profundidad del dolor y el miedo que la represión política causa es entendida como una "olla a presión" que genera violencia cotidiana a través de la distorsión sistemática de las relaciones sociales y de las sensibilidades. También ayuda a comprender por qué El Salvador tuvo la mayor tasa de homicidios per cápita de Occidente en los años posteriores a la guerra civil. De hecho, más salvadoreños fueron asesinados por violencia criminal durante la década posterior a los acuerdos de paz firmados en las vísperas de Año Nuevo de 1991, que durante los últimos diez años de la guerra: 6.250 por año perecieron durante los ochenta contra una cifra de entre 8.700 y 11.000 muertos cada año, durante los noventa (DeCesare, 1998: 23-24; Wallace, 2000).

8 Se comenta que Joaquín Villalobos, un comandante militar del FMLN, ha sido el responsable del asesinato de Roque Dalton. Luego del armisticio, Villalobos fue miembro de la Asamblea Nacional de El Salvador por un breve período y, a comienzos de los '90, formó ocasionales alianzas con ARENA, el partido de derecha que representaba a la oligarquía dominante y que tuvo lazos orgánicos con los escuadrones de la muerte.

Cuestiones de género# en la red de violencia

En el original, se juega con la homonimia de los términos "género" y "engendrar". (N. del T.)

Durante la operación militar de 1981, una mujer de diecisie teaños llamada Carmen me pidió que la fotografiara en uno de nuestros escondites. Sonrió para la cámara, ocultando el hecho de que los

militares salvadoreños habían estado bombardeando las laderas del volcán donde nos habíamos escondido unas horas antes. Carmen había sido lastimada por esquirlas en la base de la columna mientras defendía una de las trincheras que bloqueaban la entrada a su pueblo el tercer día de combate, y estaba muy dolorida. Incapaz de caminar, su familia la había cargado en una hamaca durante nuestras huidas nocturnas. Es por ello que está viva hoy. En las dos décadas que pasaron desde la foto, Carmen tuvo cinco hijos y a pesar –o a causa– de las numerosas cirugías practicadas para quitarle las esquirlas en su columna, sufre dolores de espalda, migrañas y úlcera crónicos. En 1997, entró a California a pie desde México como migrante indocumentada.

El primer trabajo que Carmen consiguió en los Estados Unidos fue como vendedora en un bazar en el *Latino Mission District* de San Francisco. Cobraba 2,38 dólares la hora y trabajaba diez horas diarias. A pesar de su dolor de espalda, el empleador la reprendía continuamente por sentarse o por tomar un descanso para almorzar. En un comienzo, Carmen no tenía asegurado el asilo político en los Estados Unidos y su estado de *illegal alien* facilitaba la explotación económica. Luego, obtuvo la residencia temporaria y encontró un empleo como planchadora por 6 dólares la hora en un negocio de ropa abierto por nuevos inmigrantes. Un año después, le diagnosticaron lesiones recurrentes en el hombro a causa del esfuerzo, y fue despedida. La ayudé a amenazar a su empleador con un proceso legal y este la contrató nuevamente y en un puesto distinto, como costurera. Pero la nueva tarea sigue dañando sus tendones, cuya cubierta interior ha quedado irremediablemente resentida –una enfermedad conocida como tenosinovitis–. Carmen también debe más de mil dólares en documentos al hospital estadual. Lo está pagando en cuotas porque teme que dejar de pagar le dificulte el trámite para obtener la residencia permanente. No puede solicitar visas para sus cinco hijos hasta que los Estados Unidos le garanticen una *green card*. En otras palabras, está enredada en la violencia estructural de la economía global que se acentúa por su condición de vulnerabilidad de género, al ser una madre alejada de sus hijos.

Carmen fue combatiente por más de dos años y, luego, una partidaria civil del FMLN durante más de una década. Sin embargo, a diferencia de otros guerrilleros de su pueblo, y a pesar de ser madre soltera de cinco niños, no le cedieron ninguna parcela después de la firma del tratado de paz. Pensé que Carmen había sido excluida de la redistribución de tierra porque era una mujer y había participado de una facción minoritaria dentro de la organización guerrillera. En realidad, eso es lo que Carmen me explicó primero, para ser amable. Más tarde, en privado, me presentó una imagen más compleja y per-

turbadora de por qué había sido olvidada. Su historia añade una dinámica de género crucial para comprender la forma en la cual la violencia política, la estructural y la simbólica, entramadas, se expresan en la violencia cotidiana, a nivel interpersonal. Carmen me reveló que su problema revolvía un asunto delicado. Su hermano mayor era *jefe de escuadra** y su novia lo había dejado por el comandante del FMLN local. Este último temía que el hermano de Carmen lo matara o traicionara a la guerrilla por rencor. En consecuencia, ordenó su asesinato. El sobrino de Carmen, que presenció la ejecución, nos cuenta:

> Estaba durmiendo. Vinieron y lo despertaron. Él les dijo: "*Compañeros*,* no, no, no me maten. Peleé y defendí a muchos *compañeros*.* Y recuperé muchas armas". Era el jefe de la escuadra, ¿viste? Era un hombre valiente, muy respetado en la zona. Pero lo asesinaron.

Las historias de matanzas internas por conflictos pasionales no eran cosa corriente en el FMLN pero no habrían sorprendido a nadie cercano a la realidad cotidiana de la lucha guerrillera. Un veterano puede excusar al comandante por haber matado al hermano de Carmen porque era plausible que, en la desesperación por haber perdido a la persona amada, el hermano de Carmen intentara asesinarlo o denunciar la ubicación del campamento guerrillero a las autoridades militares, poniendo en peligro la vida de decenas de guerrilleros. Celos románticos llevaron a que hermanos en armas se mataran unos a otros por mera sospecha. La normalización de la violencia durante la guerra hizo aparecer como necesaria la muerte del hermano de Carmen. Quince años después, Carmen aún dudaba de que su hermano hubiera sido capaz de poner en riesgo a la guerrilla. Nótese el resguardo con el cual describe el derecho a duelo de su familia y condena este asesinato. Nótese también cómo la matanza es en último término adjudicada a la promiscuidad y a las maquinaciones de la novia, más que a un abuso de poder del comandante del FMLN local:

> La gente está triste por su muerte. Aún hoy cuando lo recuerdan, le dicen a mi padre: "Esa muerte fue injusta. Él nunca habría tenido nada que ver con el enemigo".
> Mi hermano peleó durante años. La lucha fue su cuerpo y alma. Nunca habría tenido nada que ver con los contrarios.
> Tú sabes, la chica que hizo que lo mataran... está todavía por aquí. Es una de esas mujeres a las que les gusta jugar sucio con varios hombres y, luego, enfrentarlos entre sí.

Aún hoy, el dolor de los parientes de Carmen soporta la sospecha pública de que el homicidio podría haber estado justificado. Su

familia fue marginada por la organización guerrillera y todavía sufría la desconfianza de los vecinos seis años después del armisticio, cuando hice mi última visita a la antigua zona de guerra. De todas formas, continuaron apoyando la revolución. De hecho, cuatro hermanos de Carmen y una de sus hermanas siguieron luchando en la guerrilla, incluso después del asesinato de su hermano mayor. Tres murieron en combate y el cuarto sufre de convulsiones, parálisis parcial y desórdenes psicológicos severos debido a las esquirlas alojadas en su cráneo.

Hay también otra explicación de por qué Carmen no recibió ninguna parcela, a pesar de que fue una guerrillera y debería haber obtenido una de acuerdo a los términos locales del tratado de paz. Arroja luz sobre la forma en la cual las relaciones de poder entre géneros en un medio patriarcal rural alimenta el cruce entre violencia política, estructural y simbólica para hacer aún más natural la agresión personal que constituye la violencia cotidiana. Esta tercera versión de los hechos es más que nada una acusación que se repite con vergüenza entre los amigos de Carmen y con agresividad entre sus detractores. "A los comandantes no les simpatizaba porque a ella le gustaba salir con muchos hombres." En otras palabras, se creía que Carmen había tenido demasiados novios durante la lucha armada. Para su infortunio, dos de los padres de sus cinco hijos murieron en combate y no pueden defender su honra sexual en tiempos de paz.

La acusación de que Carmen no merecía tierra porque era promiscua dio como resultado que no pudiera sostener a sus cinco hijos sin salir del pueblo. Se vio forzada a migrar ilegalmente a los Estados Unidos, marchando a través del desierto –en un momento, perseguida por perros policiales– en busca de los medios de vida que se le negaban en El Salvador. Ahora envía cheques de entre cincuenta y cien dólares cada mes a las dos familias que, en su país natal, cuidan de sus cinco hijos. El sufrimiento más profundo para Carmen, mucho peor que el dolor físico que siente por las esquirlas incrustadas en su columna y por los demás trastornos corporales (migrañas, úlcera y lesiones por cansancio), es la vergüenza y la pena de haber "abandonado" a sus hijos, y de "separarlos" entre sí. La pena de Carmen se inscribe también en el patrón patriarcal del amor materno:

> Mi hijo tenía cuatro cuando lo dejé, y tú deberías ver qué inteligente que es. Tiene la mente más rápida.
>
> Solía sentarlo sobre la mesa para que se acostumbrara de a poco a mi partida. Lo bañaba, lo envolvía en una toalla y lo sentaba al borde de la mesa y le decía: "Papa, voy a tener que irme a los Estados Unidos" –porque solía decirle "Papa"–. Y le decía: "Desde allá, te voy a mandar

una bicicleta". Le decía eso para hacerlo sentir mejor. Pero él me contestaba, "No mami, no te vayas. Sabes, yo te quiero en serio".

Y entonces... esto es lo que más me duele, esas palabras de mi hijo: me decía, "No te vayas mami. Te quiero en serio. Si te vas, voy a internarme en las montañas a llorar por ti". Eso me decía.

Entonces, Felipe, cuando se lo di a la madre de Marcos [apoyando su mano sobre el hombro de Marcos, su esposo], y esto es algo que siempre le digo a Marcos, que no puedo olvidarlo –ese momento en el que dejé a mi hijo–. Felipe, tuve que alejarlo de mí a la fuerza... Vieras cómo se agarraba, justo de aquí. [Palmeando sus muslos.] Tirando de mi pollera. Y me decía, suplicando, "¡Mamá, no me dejes, mamá!". Y justamente eso fue lo que hice, lo tomé con fuerza y se lo di a la madre de Marcos, en ese mismo lugar, en la plaza.

Y yo te digo... ¡ese chico! Me duele tanto el alma. No puedo hablar más de esto porque después, si no, no lo soporto. Me pongo a llorar.

Marcos me dice, "Carmen, no te pongas triste". "Pero, ¿cómo se supone que haga para no ponerme triste?", le contesto. No me puedo contener. Marcos me dice, "Mira Carmen, piénsalo fríamente. Un día, si Dios quiere, tendrás tus papeles" –mis papeles de inmigración–. Me dice, "Voy a hacer todo lo posible para ayudarte a conseguirlos".

Tengo estas fotos de mi hijo y tú puedes ver que está triste. Parado solo en un árbol. Está muy triste ahí y yo lo veo y pienso que parece un pequeño adulto. Y eso es lo que más me duele –verlo solo, una criatura pequeñita, tan inteligente–. Aquí [alcanzándome un sobre lleno de fotografías], déjame mostrarte. Mi pobre criaturita. Mira al pobre muchachito. [Sacudiendo una de las fotos.] Míralo, Felipe, ahí está –solo–, míralo, Felipe: mira qué triste está.

Carmen rompió a llorar en otra de mis visitas a la pensión donde vive en San Francisco. Acababa de recibir una carta de la familia a la cual le había confiado su hija mayor, informándole que la niña, de trece años de edad, había huido a Honduras. Su hija del medio, de once años, también había escapado, pero a la capital de El Salvador, a la casa de unos primos. Una vez más, Carmen sigue la lógica patriarcal al favorecer a su hijo mayor mientras se resigna a sufrir por todos, "como sólo una madre puede sufrir".

Ay Felipe, ¿qué puedo hacer? Ahora mis chicos están dispersos por todos lados y yo, aquí. Tener coraje en la guerra era fácil. Estoy hablando del dolor que una madre siente por sus hijos. Una madre sufre *por su hijo*, Felipe.

No puedes hacer nada con el dolor de una madre. Nadie puede hacer nada con eso. No voy a olvidar a mi hijo, nunca jamás.

Y es tan pequeño. Ese chico que te digo que me duele en el alma, *de-*

> *masiado.* Maldigo el día en que vine a éste maldito país. ¡Maldigo a este país que mandó tantas balas y bombas contra nosotros!

Pero a Carmen también le gusta bailar y a su compañero, no. Entonces sale sola los sábados a la noche. El resultado son peleas entre Carmen y su pareja. Afortunadamente, su hermana menor, de diecisiete años, se mudó de El Salvador a la habitación de 7,5 m^2 donde ellos viven. Llama a la policía cuando tienen lugar las confrontaciones. Marcos derribó a Carmen de un golpe y ella lo persiguió con un machete a través del acotado y abigarrado espacio del que disponen, dando muestras de la habilidad de una antigua trabajadora rural. Carmen no puede escapar de la violencia cotidiana en su intento por recrear un nuevo hogar conyugal en los Estados Unidos.

Mis notas de campo contienen referencias de larga data acerca de las formas en que la violencia sigue fracturas de género y se transforma en una manera aceptada de resolver las ansiedades comunales en tiempos de guerra. Estas notas fueron escritas durante el verano de 1995, cuatro años después de la firma del tratado de paz en El Salvador:

> Agosto 1994
> Invité a dos familias de antiguos guerrilleros a mi casa en San Francisco para mirar las fotos que tomé de ellos en 1981, a lo largo de la huida. Ahora viven en Oakland. Los hombres trabajan limpiando oficinas en el distrito financiero de San Francisco y las mujeres limpian casas en Oakland. Cuando les mostré una fotografía de una amiga mutua, tomada en un campo de refugiados en Honduras, en 1983, hicieron silencio.
>
> La mujer en la fotografía había sido una activa defensora de la organización masiva de las mujeres dentro de la guerrilla y había compuesto canciones en el campo de refugiados denunciando la represión militar en El Salvador y celebrando la participación de mujeres en la lucha revolucionaria en curso. Había perdido a su esposo en combate o se había separado de él. En cualquier caso, era una madre soltera manteniendo varios niños de manera independiente. Hacia el final de la guerra, en 1987 aproximadamente, había regresado de Honduras a su pueblo en El Salvador. Era un restablecimiento promovido por las organizaciones guerrilleras que, por desconfianza hacia los militares, intentaban repoblar con sus familias las zonas desoladas por la guerra a fin de crear una base de partidarios civiles.
>
> Inocentemente pregunté a mis amigos cómo se encontraba nuestra mutua amiga, y dónde vivía en ese momento. Hubo unas cuantas muecas nerviosas. Max intentó romper el silencio con un chiste mordaz que no entendí y con el que nadie más pareció divertirse: "*Mala yerba hay que cortarla*".* Trató de reír, pero sólo gruñó. Los ojos de su esposa se llenaron de lágrimas. "Eso solían decir: mala yerba hay que cortar-

la", repitió él con tono defensivo. Murmuré extrañado que sentía oír que nuestra amiga estuviera muerta. Cambiamos de tema.

Más tarde, alguien me explicó en privado que esta amiga había sido injustamente acusada de espionaje a favor del gobierno y había sido asesinada en 1988. El motivo de la sospecha era que, como madre soltera, había ganado el sustento durante los duros años posteriores a la guerra viajando a vender helado a la plaza central de la capital, controlada por las Fuerzas Armadas salvadoreñas. Para llegar a la capital, debía pasar por un puesto de guardia militar. Pocas personas en el restablecido pueblo podían pasar esos puestos sin ser capturadas, torturadas y/o muertas por las fuerzas gubernamentales. Pronto se rumoreó que tenía un novio en la capital que era miembro de un escuadrón de la muerte sostenido por el gobierno. Se sospechó entonces que lo proveyera de información sobre lo que ocurría en el pueblo, donde todos apoyaban a la guerrilla y donde la armada aún intentaba matar gente en periódicas expediciones terrestres o en bombardeos aéreos. La mera sospecha de que fuera un *"sapo"** (espía) bastó para que el comandante local de la guerrilla la mandara a matar, en los confusos años finales, años de represión gubernamental y de infiltración encubierta.

Una década más tarde, todos reconocen que su *"ajusticiamiento"** fue un error infortunado. Aquel novio perteneciente a los escuadrones de la muerte puede, de hecho, haber arreglado un pase, pero estaba claro que ella nunca le habría provisto ninguna información de utilidad militar que pusiera en peligro la vida de sus compañeros. Para ser exactos, se rumoreaba que ni siquiera él le gustaba. Sólo lo manipulaba por el permiso para entrar a la ciudad y poder, así, mantenerse vendiendo helado.

Pero, desde luego, esta información llegó demasiado tarde. Los niños fueron forzados a crecer como huérfanos en el pueblo que la había matado. Aún están allí. José me dice que la mayor, que tenía 12 cuando mataron a su madre, había sido afortunada: se había *"juntado"** con un "hombre bueno" del pueblo –uno de los combatientes de la guerrilla– que, al morir su madre, la había adoptado.

La guerra fría en la academia

Al escribir sobre la represión y la resistencia en la guerra civil de El Salvador para la reunión de 1992 de la *American Anthropological Association*, no sabía cómo lidiar con la experiencia de Carmen o la historia de la muerte de mi amiga, la vendedora de helado, seguida de la adopción de su hija por un guerrillero. No estoy seguro de haber podido registrarlo en mis notas de campo. Inclusive en 1992, no eran muchos los salvadoreños que, habiendo apoyado al FMLN durante los

años ochenta, conversaban de las matanzas internas conmigo. De hecho, dudé de publicar este relato durante muchos años luego de presentarlo en una conferencia académica en Canadá en 1997 (Bourgois, 1997). Me preocupaba que estos nuevos datos pudieran reavivar las brasas de la retórica de la Guerra Fría, como sucedió con el trabajo del antropólogo David Stoll (1999). Stoll, de manera casi obsesiva, intentó desacreditar el testimonio personal de Rigoberta Menchú (1984), la activista quiche maya que ganó el Premio Nobel de la Paz por su fuerte denuncia del asesinato de su familia y la destrucción de su pueblo natal por tropas del gobierno de Guatemala en los años ochenta (Menchú, 1984). Abrió un gran, pero en último término trivial, debate ideológico.

Hace una década, sabía cómo manejarme intelectual, emocional y políticamente con el sonido de las descargas de ametralladoras sobre bebés, en la oscuridad de la noche. Con especial cuidado, documenté las violaciones a los derechos humanos de civiles practicadas por el gobierno militar de El Salvador. La matanza de alrededor de 75.000 personas durante los ochenta fue directamente atribuible al apoyo militar, económico y logístico de los Estados Unidos a las Fuerzas Armadas salvadoreñas. No se cuestiona el hecho ni antes ni después de la Guerra Fría. De las 22.000 denuncias de violaciones a los derechos humanos investigadas por la Comisión de la Verdad de las Naciones Unidas sólo el 5% fueron cometidas por el FMLN, el 85% por las Fuerzas Armadas y el 10% en manos de los escuadrones ligados a la Armada (Binford, 1996:117).

En los años ochenta, mi comprensión de la violencia política generada por la política externa de los Estados Unidos estaba truncada por el hecho de que mis intentos de escribir sobre ello y de difundirlo se enfrentaban a un neo-macarthismo que pervirtió el debate público. Se sospechaba que el levantamiento popular en América Central fuera el resultado de calculadas maquinaciones comunistas. Las expresiones de apoyo eran atribuidas a motivos ocultos. Cuando di la conferencia de prensa en 1981, en la que describí las matanzas de civiles de las que había sido testigo durante la campaña contra la insurrección, el departamento de antropología de la universidad me abrió un juicio académico formal y consideró despedirme por lo que llamaban "comportamiento profesional no ético" (Bourgois, 1991). Luego de que testifiqué frente al Congreso de los Estados Unidos sobre las formas en que la ayuda y el entrenamiento militar norteamericanos se comprometieron en la masacre de civiles en El Salvador, la CIA hizo circular un reporte entre los miembros del Congreso que me habían escuchado, describiéndome como un propagandista comunista del FMLN (US Congress, 1982).[9] Un congresal compasivo me sugirió que

9 Un año después, un grupo de congresales demócratas hizo público un reporte criticando los excesos cometidos por la CIA. Dentro de la media docena de ejemplos enumerados, estaba la infundada denuncia que la CIA hizo de un estudiante de antropología de Stanford, acusado de ser "agente de la guerrilla del FMLN". De acuerdo con el reporte que la CIA había presentado al *US Congress Committee on Intelligence Oversight*, se debían "destruir los reclamos de Bourgois", incluyendo un pequeño artículo publicado en la columna de opinión de un diario y reproducido parcialmente en una de las viñetas del comienzo de este escrito, que fue considerado como "propaganda guerrillera" (US Congress, 1982).

dejara de mostrar la fotografía de un bebé nacido al quinto día de la huida. La insignia escrita a mano en la visera de la mujer que lo sostenía era el símbolo de una de las facciones de la coalición guerrillera del FMLN. Me advirtió que eso disminuía la credibilidad de mi reclamo.

En la atmósfera de la Guerra Fría, me resultaba difícil percibir y retratar a los campesinos revolucionarios salvadoreños como otra cosa que víctimas inocentes, en el peor de los casos, o como nobles rebeldes, en el mejor. La urgencia por documentar y denunciar la violencia de Estado y la represión militar me cegó respecto a la violencia cotidiana que, mutuamente destructiva, desorientaba a la guerrilla y minaba la solidaridad interna. Como resultado, no pude comprender la profundidad del trauma que la violencia política impone a sus víctimas, incluso a aquellos movilizados para resistirla. Esto no significa negar que los campesinos se hayan sentido honrados al movilizarse para apoyar al FMLN en la demanda por sus derechos (cf. Wood, 2000).

Más allá de la pornografía de la violencia

En *Pascalian Meditations*, Bourdieu (1997:233) advierte que los particularmente degradantes "efectos de la violencia simbólica, en especial aquella ejercida contra poblaciones estigmatizadas, [...] hacen [...] difícil hablar de los dominados de una manera precisa y realista sin que parezca que uno los rebaja o los encumbra". Identifica "la inclinación a la violencia generada por una continua exposición a la violencia" como 'uno de los más trágicos efectos de la condición de los dominados' y nota que la "violencia activa de las personas" está "con frecuencia [dirigida contra] los propios compañeros en la desgracia". Traza la siguiente cadena causal:

> La violencia ejercida cotidianamente en las familias, las fábricas, los talleres, los bancos, las oficinas, las comisarías, las prisiones, incluso en los hospitales y en las escuelas... es, *en último término, el producto de la "violencia inercial"* de las estructuras económicas y los mecanismos sociales transmitidos a través la violencia activa de las personas (Bourdieu, 1997:233; subrayado mío).

Bourdieu propone una "ley de conservación de la violencia" y advierte, en sus escritos más políticos, sobre la previsible caída del actual golpe neoliberal contra el Estado de bienestar europeo:

> Uno no puede confundirse con la *ley de conservación de la violencia:* toda violencia se paga... La violencia estructural ejercida por los mercados financieros, en la forma de despidos masivos, pérdida de seguridad, etcétera, obtiene por respuesta, tarde o temprano, una completa gama de actos cotidianos de violencia, en la forma de suicidios, crímenes y delincuencia, drogadicción, alcoholismo (Bourdieu, 1998:40; subrayado en el original).

A nivel micro, las fuerzas políticas, económicas e institucionales dan forma a mil tipos diferentes de interacciones interpersonales y emocionales, apoyando o negando modos de sentir y manifestaciones de amor y agresión, definiciones de respeto y logro, y patrones de inseguridad y competencia. En la era pos-Guerra Fría, el neoliberalismo dinamiza activamente la violencia cotidiana en América Latina. Javier Auyero (2000), por ejemplo, ve una verificación de la ley de conservación de la violencia de Bourdieu en los lazos que descubrió entre la reestructuración de la economía argentina hacia formas desreguladas y el aumento de la delincuencia predatoria y del abuso de drogas en las villas miseria de Buenos Aires. En los Estados Unidos, la fusión de violencia estructural y simbólica produce patrones especialmente destructivos y persistentes de violencia interpersonal que refuerzan la legitimidad de la desigualdad social desde la mirada pública. La indignidad de ser de color en un país blanco y en su mayoría protestante, el más rico del mundo, exacerba el racismo, el desempleo, la explotación económica y la degradación de las infraestructuras. Esto alimenta entre los excluidos el furioso sentido de inferioridad que resulta en actos de violencia contra la comunidad o contra sí mismos que, a su turno, profundizan el círculo de humillación y culpa desmovilizadora. Esta cultura oposicional se levanta como un intento de resistir la subordinación pero, de hecho, imita, con la energía propia de todo lo norteamericano, los elementos más salvajes de la ideología neoliberal en la celebración ostentosa de los logros individuales, la dominación masculina, el fetichismo de la mercancía y una comprensión racializada de las jerarquías.[10]

A diferencia de los debates pos-Guerra Fría sobre la represión política en América Central, sin embargo, las discusiones sobre la pobreza y la raza en los Estados Unidos continúan cayendo en concepciones bipolares del pobre digno versus el indigno (Katz, 1996). En el discurso político estadounidense, los residentes *de la US inner city* deben ser construidos como ciudadanos morales (que practican sexo seguro, no usan drogas, no actúan con violencia y cumplen diligentemente con empleos subordinados) para merecer albergue, comida, cuidado médico, empleo y un mínimo de respeto público. En caso de no cumplir con estos dictados, son culpados de producir su propio

10 En el "*gangsters' rap*" resuenan los ecos del "sueño americano", un fuerte individualismo y un espíritu emprendedor sazonado con la violencia cotidiana. En general, los movimientos nacionalistas milenaristas conformados por minorías oprimidas de los Estados Unidos pueden comprenderse como un exorcismo de la violencia simbólica de las jerarquías sociales racializadas. Movimientos como la religión de *Ghost Dance* en las reservas de indígenas durante la segunda mitad del siglo XIX o *Farrakhan's Nation of Islam* entre los afroamericanos presos a fines del siglo XX constituyen catarsis simbólicas, al invertir el insulto de un racismo internalizado.

malestar. El lugar central que ocupa la violencia estructural en este proceso es oscurecido por el torbellino de violencia cotidiana (expresado como agresión criminal y doméstica) que, a su turno, propaga una violencia simbólica que convence a los dominados de que son los culpables –por lo menos, parcialmente– de la miseria y destrucción que los rodea.

La violencia cotidiana corroe la integridad humana. A través de cautivantes descripciones, desgarradoras fotografías y seductoras formas poéticas, los etnógrafos corren el riesgo de contribuir a una pornografía de la violencia que refuerza las percepciones negativas de los grupos subordinados a los ojos de lectores poco compasivos. Pero, inversamente, el imperativo de pintar retratos positivos de los *US inner city* pobres de los Estados Unidos o de las guerrillas revolucionarias de El Salvador oculta la real devastación humana que acarrea la represión política en la guerra y la desigualdad económico-política bajo el capitalismo neoliberal. Las personas no "sobreviven" a la violencia, como si fuese algo que queda fuera de ellas, y son rara vez, si alguna, ennoblecidas por ella. Aquellos que confrontan la violencia con resistencia –sea cultural o política– no escapan ilesos del terror y de la opresión contra los cuales se alzan. El desafío de la etnografía, entonces, es controlar el impulso de sanearlo y, de esa forma, clarificar las cadenas de causalidad que enlazan a la violencia estructural, la política y la simbólica en la producción de una violencia cotidiana que refuerza las relaciones desiguales de poder y distorsiona los esfuerzos por resistirlo. En la era pos-Guerra Fría, una mejor comprensión de esos lazos es fundamental, porque son las fuerzas del mercado internacional, más que la represión política o la resistencia armada, las que libran la guerra por los corazones y las mentes de la población.

Reconocimientos

Agradezco a las familias de los campesinos revolucionarios de El Salvador que me introdujeron en sus vidas y me permitieron aprender de ellos. Estoy en deuda con Paul Willis y especialmente con Loïc Wacquant por las cuidadosas lecturas críticas que hicieron a los sucesivos borradores de este artículo (nunca trabajé con editores que hicieran comentarios tan profundos y detallados). Loïc merece la co-autoría de este artículo, si no fuera porque no está totalmente de acuerdo con alguna de mis imprecisiones analíticas. Las notas de campo al este de Harlem que hicieron posible la reinterpretación de los datos de El Salvador fueron financiadas por las siguientes instituciones: National Institute on Drug Abuse (R03-DA06413–01 y R01-DA10164), Harry Frank Guggenheim Foundation, Russell Sage Foundation, Wenner-

Gren Foundation for Anthropological Research, Social Science Research Council, y US Census Bureau.

Bibliografía

Americas Watch (1985): *Managing de Facts: How the Administration Deals with Reports of Human Rights Abuses in El Salvador*, Nueva York, The Americas Watch Committee.

ARGUETA, Manlio (1983[1980]): *One Day of Life*, Nueva York, Vintage Books.

ARGUETA, Manlio (1987[1986]): *Cuzcatlán: Where the Southern Sea Bends*, Nueva York, Vintage Books.

ARNSON, Cynthia (2000): "Window on the Past: A Declassified History of Death Squads in El Salvador", en Bruce Campbell y Arthur Brenner (eds.): *Death Squads in Global Perspective: Murder with Deniability*, pp. 85-124, Nueva York, St. Martin's Press.

AUYERO, Javier (2000): "The Hyper-shantytown: Neo-Liberal Violence(s) in the Argentine Slum", *Ethnography* 1(1):93-116.

BINFORD, Leigh (1996): *The El Mozote Massacre: Anthropology and Human Rights*, Tucson, University of Arizona Press.

BOURDIEU, Pierre (1997): *Pascalian Meditations*, Stanford, CA, Stanford University Press.

BOURDIEU, Pierre (1998): *Acts of Resistance: Against the Tyranny of the Market*, traducción de Richard Nice, Nueva York, The New Press.

BOURDIEU, Pierre (2001): *Masculine Domination*, Oxford, Blackwell.

BOURDIEU, Pierre y Loïc WACQUANT (1992): *An Invitation to Reflexive Sociology*, Chicago, IL, University of Chicago Press.

BOURGOIS, Philippe (1982a): "Running for My Life in El Salvador: An American Caught in a Government Attack that Chiefly Killed Civilians", *The Washington Post* (14 de febrero), C1, C5.

BOURGOIS, Philippe (1982b): "What US Foreign Policy Faces in Rural El Salvador: An Eyewitness Account", *Monthly Review* 34(1):14-30.

BOURGOIS, Philippe (1989): "Just Another Night on Crack Street", *New York Times Magazine* (12 de noviembre):52-53, 60-65, 94.

BOURGOIS, Philippe (1991): "The Ethics of Ethnography: Lessons From Fieldnote(s) in Central America", en Faye Harrison (educación.) *Decolonizing Anthropology: Moving Further Toward an Anthropology for Liberation*, pp. 110-126, Washington, DC: Association of Black Anthropologists y American Anthropological Association.

BOURGOIS, Philippe (1992): "The Pornography of Violence: Fieldnote(s) in El Barrio and Beyond", paper presentado en el 91st Annual Meetings of the American Anthropological Association, San Francisco, 2 al 6 de diciembre.

BOURGOIS, Philippe (1995): *In Search of Respect: Selling Crack in El Barrio*, Nueva York, Cambridge University Press.

BOURGOIS, Philippe (1997): "The Pornography of Violence: Fieldnote(s) in El Salvador and the US Inner City", paper presentado en la sesión plenaria del Canadian Anthropology Society/Congress of Learned Societies, St John's, Newfoundland, 13 de junio.

CAMARA, Helder (1971): *Spiral of Violence*, Londres, Sheed and Ward.

CELAM (1973): *Medellin Conclusions: Latin American Episcopal Conference*, Bogotá, CELAM.

DECESARE, Donna (1998): "The Children of War: Street Gangs in El Salvador", NACLA 32(1):21-29.

FANON, Franz (1963): *The Wretched of the Earth*, Nueva York, Grove Press.
FARMER, Paul (1999): *Infections and Inequalities: The Modern Plagues*, Berkeley, University of California Press.
FARMER, Paul (2000): "The Consumption of the Poor: Tuberculosis in the 21st Century", *Ethnography* (1(2):183-216.
GALTUNG, Johan (1969): "Violence, Peace, and Peace Research", *Journal of Peace Research* 6:167-191.
GALTUNG, Johan (1975): *Peace: Research, Education, Action: Essays in Peace Research, Vol. 1*, Copenhagen, Christian Ejlers.
KATZ, Michael B. (1996): *In the Sadow of the Poorhouse*, 2ª edición aumentada, Nueva York, Pantheon.
LEVI, Primo (1986): *The Drowned and the Save*, Nueva York, Summit Books.
LEWIS, Oscar (1970): "The Culture of Poverty", en Oscar Lewis (ed.): *Anthropological Essays*, pp. 67-80, Nueva York, Random House.
MARTIN-BARO, Ignacio (1994): *Writings for a Liberation Psychology*, Boston, MA, Harvard University Press.
MENCHÚ, Rigoberta (1984): *I, Rigoberta Menchú: An Indian Woman in Guatemala*, edición de Elisabeth Burgos-Debray, Londres, Verso.
NADER, Laura (1972): 'Up the Anthropologist: Perspectives Gained from Studying Up', en Dell Hymes (ed.): *Reinventing Anthropology*, pp. 284-311, Nueva York, Pantheon.
RIVERA, Ana Kelly (ed.) (1995): *¡¿Valió la pena?!: testimonios de salvadoreñas que vivieron la guerra*, San Salvador, Editorial Sombrero Azul.
SARTRE, Jean-Paul (1963): "Preface", en Franz Fanon *Wretched of the Earth*, pp. 7-31, Nueva York, Grove Press.
SCHEPER-HUGHES, Nancy (1992): *Death without Weeping: The violence of Everyday Life in Brazil*, Berkeley, University of California Press.
SCHEPER-HUGHES, Nancy (1996): "Small Wars and Invisible Genocides", *Social Science and Medicine* 43(5):889-900.
SCHEPER-HUGHES, Nancy (1997): "Peace-Time Crimes", *Social IdentitiesScience* 3(3): 471-497.
STOLL, David (1999): *Rigoberta Menchú and the Story of All Poor Guatemalans*, Boulder, CO, Westview.
TANAYO, Juan (1981): "Afirman tropas del gobierno que mataron a 250 Guerrilla(s) y solo sufrieron 15 bajas", *Diario de las Américas* (20 de noviembre): 1.
TAUSSIG, Michael (1987): *Shamanism, Colonialism, and the Wild Man: A Study in Terror an Healing*, Chicago, IL, University of Chicago Press.
UNITED NATIONS (1993): "From Madness to Hope: The 12-Year War in El Salvador", Report of the Commission on the Truth for El Salvador, UN Document Nº S/25500.
UNITED STATES CONGRESS (1982): "US Intelligence Performance on Central America: Achievements and Selected Instances of Concern", Staff Report Subcommittee on Oversight and Evaluation-98-805 O (97th Congress, 2nd Session), Washington, DC, US Government Printing Office.
WALLACE, Scott (2000): "You Must Go Home Again: Deported L.A. Gangbangers Take over El Salvador", *Harper's Magazine* 301(1803):47-56.
WAD, Elizabeth (2000): "Insurgence Collective Action and Civil War: Redrawing Boundaries of Class and Citizenship in Rural El Salvador", Department of Politics, Nueva York University (manuscrito inédito).

FANON, Franz (1963): *The Wretched of the Earth*, Nueva York, Grove Press.
FARMER, Paul (1999): *Infections and Inequalities: The Modern Plagues*, Berkeley, University of California Press.
FARMER, Paul (2000): "The Consumption of the Poor: Tuberculosis in the 21st Century", *Ethnography* (1(2):183-216.
GALTUNG, Johan (1969): "Violence, Peace, and Peace Research", *Journal of Peace Research* 6:167-191.
GALTUNG, Johan (1975): *Peace: Research, Education, Action: Essays in Peace Research, Vol. 1*, Copenhagen, Christian Ejlers.
KATZ, Michael B. (1996): *In the Sadow of the Poorhouse*, 2ª edición aumentada, Nueva York, Pantheon.
LEVI, Primo (1986): *The Drowned and the Save*, Nueva York, Summit Books.
LEWIS, Oscar (1970): "The Culture of Poverty", en Oscar Lewis (ed.): *Anthropological Essays*, pp. 67-80, Nueva York, Random House.
MARTIN-BARO, Ignacio (1994): *Writings for a Liberation Psychology*, Boston, MA, Harvard University Press.
MENCHÚ, Rigoberta (1984): *I, Rigoberta Menchú: An Indian Woman in Guatemala*, edición de Elisabeth Burgos-Debray, Londres, Verso.
NADER, Laura (1972): 'Up the Anthropologist: Perspectives Gained from Studying Up', en Dell Hymes (ed.): *Reinventing Anthropology*, pp. 284-311, Nueva York, Pantheon.
RIVERA, Ana Kelly (ed.) (1995): *¡¿Valió la pena?!: testimonios de salvadoreñas que vivieron la guerra*, San Salvador, Editorial Sombrero Azul.
SARTRE, Jean-Paul (1963): "Preface", en Franz Fanon *Wretched of the Earth*, pp. 7-31, Nueva York, Grove Press.
SCHEPER-HUGHES, Nancy (1992): *Death without Weeping: The violence of Everyday Life in Brazil*, Berkeley, University of California Press.
SCHEPER-HUGHES, Nancy (1996): "Small Wars and Invisible Genocides", *Social Science and Medicine* 43(5):889-900.
SCHEPER-HUGHES, Nancy (1997): "Peace-Time Crimes", *Social IdentitiesScience* 3(3): 471-497.
STOLL, David (1999): *Rigoberta Menchú and the Story of All Poor Guatemalans*, Boulder, CO, Westview.
TANAYO, Juan (1981): "Afirman tropas del gobierno que mataron a 250 Guerrilla(s) y solo sufrieron 15 bajas", *Diario de las Américas* (20 de noviembre): 1.
TAUSSIG, Michael (1987): *Shamanism, Colonialism, and the Wild Man: A Study in Terror an Healing*, Chicago, IL, University of Chicago Press.
UNITED NATIONS (1993): "From Madness to Hope: The 12-Year War in El Salvador", Report of the Commission on the Truth for El Salvador, UN Document Nº S/25500.
UNITED STATES CONGRESS (1982): "US Intelligence Performance on Central America: Achievements and Selected Instances of Concern", Staff Report Subcommittee on Oversight and Evaluation-98-805 O (97th Congress, 2nd Session), Washington, DC, US Government Printing Office.
WALLACE, Scott (2000): "You Must Go Home Again: Deported L.A. Gangbangers Take over El Salvador", *Harper's Magazine* 301(1803):47-56.
WAD, Elizabeth (2000): "Insurgence Collective Action and Civil War: Redrawing Boundaries of Class and Citizenship in Rural El Salvador", Department of Politics, Nueva York University (manuscrito inédito).